

no ha dejado pasar un solo instante de su vida sin consagrárselo!

Al hablar así D. Lope sacaba del bolsillo un cofrecito de nácar, y poniéndolo en manos de la hermosa, siguió diciendo:

--Ved aquí la única respuesta que debo dar á las expresiones con que no ha mucho me habeis zaherido: ¡abridlo! ... ¿Os causa sorpresa? ¿Es la misma joya que perdisteis y que tantas lágrimas costó á vuestros hermosos ojos?

La jóven quedó mirando atónita el interior del cofrecito, donde lucia una perla maravillosa. Entre tanto ambos interlocutores guardaron profundo silencio.

--Sabeis amar, D. Lope, estoy convencida, dijo la dama despues de un minuto. La perla de que os hablé hace meses, y que dió motivo á vuestro viaje, no ha existido mas que en mi fantasía: he querido probaros, y no me arrepiento. Ahora disponed de mí á vuestro albedrío; y en cuanto á la perla que me ofreceis, tiene ya mejor destino, mejor dueño: el primer día despues de nuestra boda iremos al Santuario de los Remedios y la pondremos en la corona ó en el manto de la Virgen: ¿os parece bien?

## XII.

Dias despues acaecian en Méjico simultáneamente dos hechos que llamaron la atencion de una manera particular; fue uno de ellos el matrimonio de D. Lope, y el otro la llegada de los soldados que habian salido para Californias al mando del capitan Vizcaino.

Toda la ciudad se conmovió al saber el hecho que apresuró la venida de los espedicionarios, y fue la causa porque se perdió la colonia de la Paz.

Misioneros y soldados no cesaban de repetir en todas las conversaciones sobre este particular:--"por una perla se perdió un tesoro."

Solo D. Lope, que no daba tanta importancia á las lamentaciones, repetia á su vez estampando un ósculo en la mano de su esposa:--No lo niego, vida mia: soy culpable, pues conocí todas las consecuencias de mi accion; pero me consuelo con esta idea, que si por una perla se perdió un tesoro, por esa misma perla he ganado otro.

## XVII.

## OBRAS DE PUBLICA UTILIDAD.

Volviendo á los religiosos de S. Francisco, bien pudiéramos aumentar el catálogo de los que prestaron eminentes servicios á nuestro país en las misiones, ya poniendo un dique al furor de los salvajes, sin mas armas que un Crucifijo, ya descubriendo nuevas tierras á cuyos moradores se atraian no menos por la enseñanza evangélica que por los beneficios de la civilizacion, y ya finalmente, dando impulso á los adelantos del ingenio mediante la iniciacion en las artes y las ciencias.

Con mucha generalidad se da por cierto que nuestros primeros religiosos vivian tranquilamente en sus monasterios, como los que conocimos en estos tiempos; este es un error: la base ó mas bien el espíritu, el alma de aquella sociedad, era la vida activa, y los frailes la observaban en gran manera laboriosa y fecunda en resultados magníficos. Díganlo las tareas literarias á que se consagraban con ardor, y cuyos monumentos conservamos con cariño; dígalos la instruccion que adquirian los párvulos en las escuelas dirigidas por ellos en todas las poblaciones donde se establecian; y díganlo tambien las lecciones prácticas de agricultura que dieron á los naturales, conforme á las cuales cultivan estos hasta el día la tierra, y tantas obras materiales que para bien de los mejicanos de su tiempo y de la posteridad hicieron construir ó ejecutaron ellos á veces con sus propias manos. No entraremos en el estudio de la vida de todos los religiosos á quienes somos deudores de estos bienes; pero, ¿cómo



pasar en silencio nombres tan estimables y populares como los del P. Fr. Francisco Tembleque y del beato Sebastian de Aparicio? ¿Quién ignora que á este se debe el camino de Méjico á la ciudad de Zacatecas, y que aquel fue quien levantò el magnífico acueducto vulgarmente conocido con el nombre de *Arco de Zempoala*?

Fuera pues incurrir en notoria injusticia negar á las biografías de esos ilustres religiosos un lugar en las páginas de esta obrita, especialmente destinada á presentar el bosquejo de las glorias de los primeros varones apostólicos que florecieron en nuestro país. Digamos dos palabras acerca de la del beato Sebastian de Aparicio.

### XVIII.

#### UNA VISITA A LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE PUEBLA.

La ciudad de los ángeles atesora monumentos religiosos de primer órden. La Catedral, San José, La Compañía, San Agustín y la Concordia son otros tantos templos que á la majestuosa belleza de la arquitectura hermanan el prestigio de interesantes memorias. La iglesia de san Cristóbal llama justamente la atención por su Purísima de Cora y por el lujoso ornato de su fachada. Pero ninguno de esos edificios está situado mas ventajosamente para el efecto pintoresco que la iglesia de san Francisco. Separada de la parte mas poblada de la ciudad, así como todo el monasterio, por un arroyo cuya orilla izquierda está hermoseedada por la alameda llamada el Paseo Viejo, se asienta en el suave declive de la ribera señoreando una muchedumbre de iglesitas y casas de recreo. Muy grata y duradera es la impresión que causa la vista de este edificio, cuya fisonomía grave, imponente y religiosa, parece decir á la alma que la contempla: yo soy una página sagrada que conserva el secreto

de las dichas y el pesar de cien generaciones. Por mis puertas han pasado el poder, la riqueza, la gloria, la hermosura. . . . ¡todo ha desaparecido, todo irá desapareciendo! ¡Solo yo vivo la vida de los siglos, y el Eterno me sostiene como la imagen de la esperanza en medio de las vicisitudes y miserias de la humana existencia!

Dominados por esta impresión nos hallábamos años hace en presencia del airoso edificio, á la sombra hospitalaria de uno de los árboles que pueblan el cementerio.

Era de tarde.

Los rayos del sol poniente se quebraban en la parte superior de la fachada y atravesaban por entre los arcos de la torre en haces luminosos de un efecto mágico. . . . ¡La torre! . . . La torre de san Francisco de Puebla es la maravilla de la ciudad; ¡el arquitecto quiso por ella remontarse al cielo! A su base formó una capilla, sobre la cual fue hacinando sillares hasta levantar un campanario esbelto, gallardo y ligero como un alminar. . . . no, como un obelisco.

Dirigimos despues los pasos hasta la entrada de la iglesia, y al penetrar en lo interior observamos con gusto la graciosa columnata que decora los muros laterales, ostentando en los intercolumnios ademas de los altares, bellos cuadros que representan pasajes bíblicos.

La bóveda sobre que descansa el coro es otra maravilla: es tan atrevidamente plana, que no puede verse sin una mezcla de espanto y admiración. El arquitecto que la construyó no quiso presenciar el acto de quitar la cimbra, temiendo que se desplomara luego que le faltase el sosten, y desapareció dejando á los religiosos sin saber qué partido tomar. Pusieron éstos fuego al armazon, y con asombro suyo vieron que la bóveda se sostenía firme y sólida como permanece hasta el día.

En los altares hay efigies de primosa escultura; pero ninguna llama tanto la atención como la Purísima que ocupa el tabernáculo del altar mayor. La tarde á que nos referimos estaba vestida con una túnica blanca y manto azul de gasa, con lo cual y recibiendo abundante luz por la parte posterior, la vimos tan vaporosa, tan aérea, tan idealmente hermosa que parecia transfigurada ó que acababa de bajar del cielo.

Pero el objeto principal de nuestra visita á la iglesia de San Francisco, era contemplar los restos del beato Sebastian de Apa-



ricio, religioso lego que floreció en la segunda mitad del siglo décimo sexto y cuya historia en que se han empleado varias plumas, mas que pintura de una vida real, parece una novela. Traigamos á la memoria los mas importantes sucesos de esta vida.

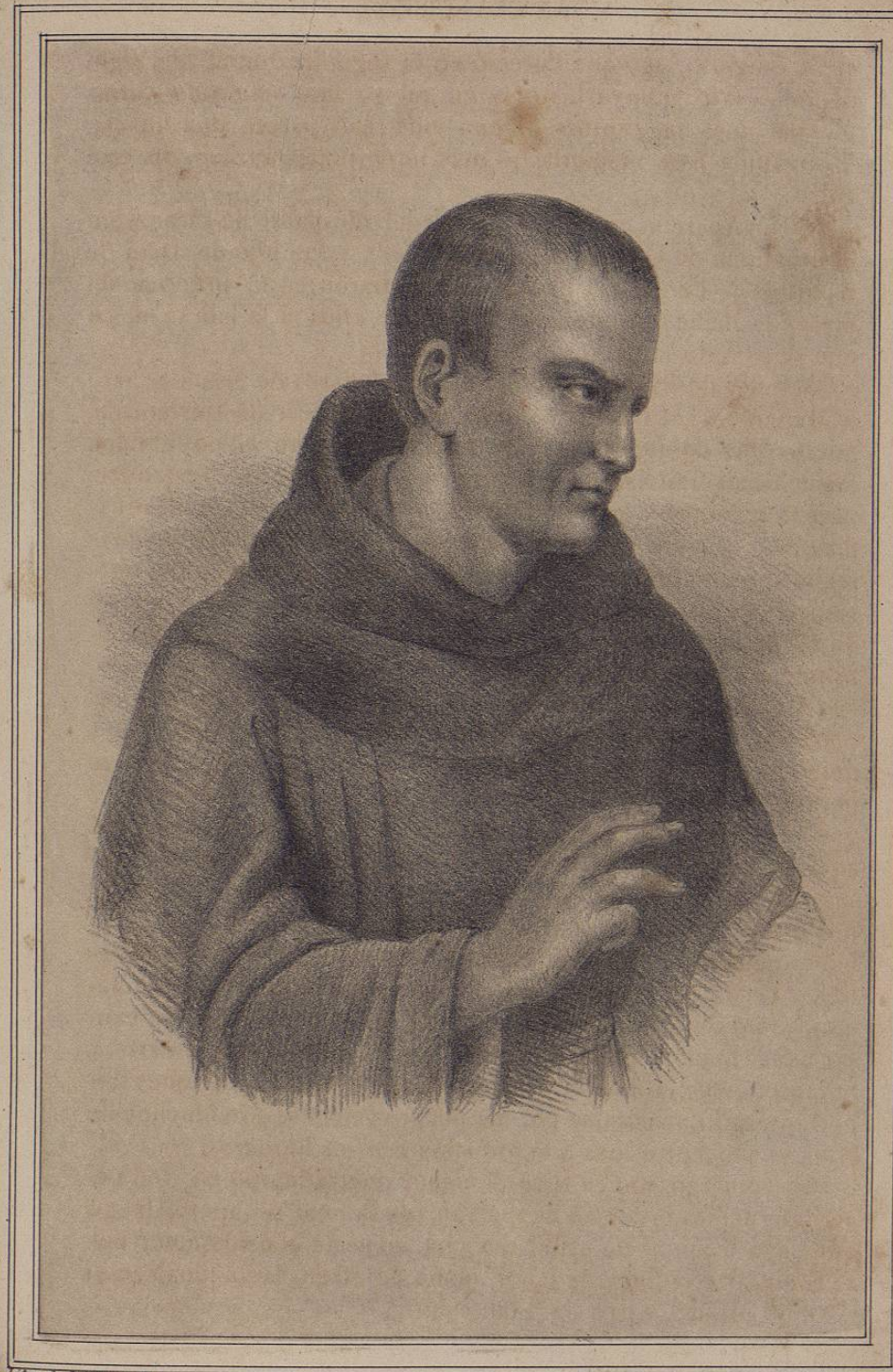
Nació Aparicio en Gudiña, villa del obispado de Orense en la provincia de Galicia, el año de 1502, y fue hijo de Juan de Aparicio y Teresa del Prado, que le criaron en la práctica del bien y le dedicaron desde sus primeros años á la labranza, en que se ejerció la mayor parte de su vida.

Después de haber residido en varios lugares de España, pasó á Méjico en 1531 embarcándose en San Lúcar de Barrameda, puerto feliz de donde en años anteriores habian salido tambien las colonias franciscana y dominica, que plantaron el estandarte del cristianismo en estas regiones. Hay lugares predestinados á ser repetidas veces el principio ó el punto de partida de la realizacion de grandes acontecimientos; lo fue el de que se trata respecto de los viajes de misiones apostólicas, así como el puerto de Pálos lo habia sido igualmente con respecto á los de descubrimientos en el Nuevo Mundo.

Llegado Aparicio á nuestro país se dedicó á conducir de Veracruz á Méjico en carretas tiradas por bueyes los géneros y demas efectos que venian de la Península, y en este ejercicio permaneció hasta el año de 1542: el comercio le es deudor, segun se ve, de la introduccion de ese medio de trasporte que en aquella época fué sin duda considerado como una gran mejora material.

Pero dió un paso todavía mas agigantado en esta senda con haber emprendido sus viajes, no ya á Veracruz, sino á Zacatecas, y desde entonces data la existencia del camino que llamamos ahora de Tierradentro. General admiracion hubo de causar aquel hombre animoso que solo y conduciendo una carreta, proporcionaba un medio de comunicacion entre poblaciones importantes, sin arredrarse por los peligros, no siendo el menor de éstos el encuentro mas que probable con los bárbaros.

Sin embargo, nunca tuvo el menor contratiempo en todo el período dedicado á esta ocupacion, de la cual se apartó luego que llegó á juntar de utilidades una suma de consideracion para comprar una finca de labor, como en efecto la adquirió en el valle de Méjico, cerca de Tlalnepantla.



*Estad. de Truarle y ca.*

EL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO



Trabajando asiduamente en esta hacienda, los productos correspondían á su dedicación; pero los distribuía él casi todos á los pobres, cuya triste situación aliviaba aun á costa de su propia conveniencia. Viniendo una vez á la capital, vió por el camino á un vecino suyo, á quien traían á la cárcel de corte por deber tres mil pesos que no podía pagar: no lo sufrió él y por librar de aquel trance al insolvente aprontó la cantidad, de que no llegó jamás á reembolsarse.

Otra de sus excelencias, además de la caridad y la estremada pureza de costumbres, fue un candor angelical; era uno de los niños del Evangelio.

Aunque permaneció mucho tiempo sin contraer matrimonio, ya en el último tercio de su vida fue dos veces casado, si bien en el trato íntimo con sus jóvenes consortes nunca llegó á desempeñar otro papel que el de un padre con su hija.

Triste y desconsolado con la pérdida de su segunda mujer, á quien mucho amaba, quiso consagrarse á Dios lejos del mundo, y á este fin, siguiendo el consejo evangélico, renunció á todos sus bienes en favor de las monjas de Santa Clara de esta ciudad, que hacía poco tiempo habían fundado su monasterio. Dedicóse además á servir las en clase de donado.

Acaeció este cambio en su vida por los años de 1573.

En el siguiente, á 9 de junio, tomó el hábito de san Francisco en el convento grande, subiendo un escalon en la vida monástica, pues de donado pasó á lego.

Ya profeso fue destinado al convento de Tecali y despues al de Puebla, en donde residió hasta su muerte acaecida en 25 de Febrero de 1600, viviendo, como se advertirá, casi un siglo.

En todo este último período de su vida no se empleó sino en recojer limosnas para el convento, recorriendo con este objeto la mayor parte de los pueblos comarcanos, para lo cual se le proporcionaron carretas tiradas por bueyes, volviendo de esta suerte al ejercicio que tuvo en sus primeros años de residencia en Méjico.

Este género de vida le abrió tambien un vasto campo á la práctica de la virtud en que mas sobresalía, la caridad. Socorria hasta donde le era dable á los menesterosos; poniéndose en contacto con las clases pobres de la sociedad, penetraba en el secreto de las necesidades que ordinariamente las aquejan, y si



no estaba en su mano remediarlas, lloraba con el affigido, y aconsejando la resignacion, derramaba en los corazones un bálsamo divino.

Era ingenioso en eludir el precepto de la obediencia monacal cuando se ponía esta á la ejecucion de algun acto de humanidad. Refiérese que el guardian de Puebla, observando que no pocas veces regresaba al convento sin el manto por darlo á los pobres, le previno espresamente que no volviera á desprenderse de él. Salió al camino, llegó á cierto parage, pídele el manto un mendigo que estaba casi desnudo, y él le contesta:

—“Hermano, á mí me han mandado que no lo dé; pero si vos me lo quitais, ¿qué puedo hacer?”

“Quitóselo el pobre, y despues, reconvenido del guardian, dijo:

—“Si vos, como me mandásteis que no lo diera, me mandárais que no me lo dejara quitar, no lo consintiera; pero si tenia necesidad, ¿se lo habia yo de quitar?”

Vetancurt, de quien tomamos este pasage, haciéndose eco de la tradicion, refiere otros casos no menos notables de la vida del virtuoso lego, á la cual por otra parte tampoco ha faltado el esmalte de lo maravilloso: los milagros son las flores con que honra la piedad cristiana la memoria de los justos, si bien están de sobra cuando en la vida de estos resplandecen otras flores de mas suave olor, como son las virtudes.

Enumerando las de nuestro héroe, esperábamos en la iglesia de San Francisco de Puebla la llegada de un religioso para pedirle nos mostrase los restos venerables cuya vista apetecíamos, y ya los postreros rayos del sol penetraban horizontalmente por las ventanas, iluminando las sencillas labores de las bóvedas.

El silencio de aquel retiro de paz y santidad convidaba á la meditacion.

Al fin se dejó oír un ruido, y abriéndose la puerta de la sacristía, salió un religioso con una luz en mano, el cual nos condujo á la capilla dedicada al beato Sebastian de Aparicio.

Entramos á un camarín; subimos algunas gradas, y á la apacible claridad que derramaban los cirios, nos hallamos en presencia de la urna magnífica que contiene el objeto sagrado que tratábamos de contemplar.

Al fijar en él nuestras miradas no pudimos menos de reflexionar cuán cierto es que rara vez deja el hombre de hacer justicia al hombre; y aquella urna costosa, aquel respeto que se tributa

á un religioso humilde, cuya vida se deslizó tranquilamente animada por las armonías de la caridad y la inocencia; tanto amor, tantas solicitudes, tanto apego á ese polvo santificado por el bien, están mostrando de una manera patente é irrecusable, que la especie humana sabe estimar el mérito y tributarle el homenaje debido, tanto cuanto los hombres son individualmente injustos y avaros de merecidos elogios.

Satisfecho el deseo que nos habia conducido á la referida iglesia, volvimos al cementerio cuando ya la campana mayor en graves tañidos anunciaba las oraciones. Las frentes del Popocatepetl y del Iztacxihuatl se dibujaban en la pálida vestidura del crepúsculo; buscaban las aves un asilo en las copas de los fresnos y álamos del paseo contiguo, y el ruido vago y monótono producido por la gente en la ciudad, se oía como un suspiro gigantesco, ó como el rumor de las aguas que se despeñan tumultuosas en una torrentera lejana.

---

## XIX.

### ARCOS DE ZEMPOALA.

“Condolido el V. P. Fr. Francisco Tembleque de que tanto número de gentes como las poblaciones de Otumba y Zempoala, que en aquel tiempo eran crecidas, careciesen del agua necesaria por causa de que si en su gentilidad en unos jagüeyes rebalsaban la llovediza teniendo la necesaria, despues los ganados de los españoles se la bebían, y les obligaban á los naturales á traerla de nueve leguas; determinó el traerla por barrancas y cerros en atargea de cal y canto, y aunque tuvo así de seglares como de religiosos contradicciones, emprendió la obra y en tres barrancas hizo tres puentes de arcos: la primera de cuarenta y seis arcos; la segunda de trece, y la última, donde echó el resto, de un arco de cuarenta y dos varas y dos tercias de alto, y de ancho veinte y tres varas y una tercia, que á los que lo ven



causa asombro, que si fuera paso podia por debajo de él pasar un navío de porte á vela tendida: de este arco, en que gastaron cinco años en hacerlo, van despues disminuyendo sesenta y siete arcos colaterales conforme va subiendo la barranca hasta que vuelven á coger el plan de la atargea. Estando en esta obra fue un alcalde de corte á ver las dificultades que ponian los que juzgaban imposible que el agua, por parecer estaba muy baja, subiese á tanta altura, y sin darse á conocer fue á comunicar con el religioso esta dificultad, y con su conversacion y ver que un gato que tenia le trajo un conejo para comer, y que diciéndole el religioso que fuese á traer otro para el huésped, le trajo, quedó convencido á que tendria efecto la obra que se hacia.

“Lo que es digno de ponderarse, es el ingenio con que la hizo tan perfecta, sin haber aprendido el arte para tan insigne obra, la perseverancia que tuvo en diez y siete años que gastó en hacerla, y la fortaleza con que ha perseverado en mas de ciento y cuarenta años, sin que se haya descantillado una piedra, y sin que le haya nacido una yerba en distancia de quince leguas que corre la atargea por los rodeos que hace, sin haber faltado agua en tantos años. . .”

Así se espresaba el P. Vetancurt acerca de esta obra admirable á fines del siglo décimoséptimo. El escelente religioso que la llevó al cabo de una manera todavía mas admirable, fue natural de Tembleque (lugar de cuyo nombre tomó su apellido), perteneciente á tierra de Toledo. Vino á nuestra patria en compañía del P. Fr. Juan de Romañones, y á los pocos años de residencia supo la lengua mejicana con tal maestría, que no solo conversaba en ella como cualquiera de los naturales, sino que en la misma les predicaba con notable desembarazo.

Por mandato de sus prelados fue á morar á Otumba, donde se dedicó á construir la obra referida, una parte de la cual se edificó cerca del campo donde años antes el ejército azteca habia sido derrotado por el conquistador: los hijos de Otumba que presenciaron aquel descalabro, ó sus descendientes, no pudieron menos de conocer á vista del acueducto la distancia que separa la conquista que se vale de medios violentos, de la que para consolidarse estudia las necesidades de los pueblos y las remedia con obras de pública utilidad.

No lejos del puente principal edificó el P. Tembleque una ermita que dedicó á nuestra Señora de Belen, y junto á ella una

celdita donde vivia pobremente, proporcionándose alimento del modo ya indicado. Moró allí muchos años, y ya en los últimos de su vida pasó con el cargo de guardian al convento de Puebla, y despues á Zempoala, donde acabó sus dias en la observancia de su instituto y ocupado en aliviar las miserias de sus semejantes.

La obra portentosa que ha trasmitido su nombre hasta nosotros y que le hará pasar á las mas remotas generaciones con el sello de la gratitud de la nacion mejicana, resistió imperturbable el empuje del tiempo por mas de dos siglos. El descuido y la indolencia hicieron despues que ya no sirviese al objeto á que la destinara el venerable religioso, y hoy, de toda esa fábrica colosal, no quedan en pie sino algunos arcos monumentales que causan al viajero la misma admiracion que las ruinas de los acueductos romanos; huellas magníficas del paso de un gran pueblo por el mundo.

---

 XX.

## INUNDACIONES DE MEJICO Y DESAGÜE DE LAS LAGUNAS.

Nadie ignora que la capital de la República ha tenido sus diluvios causados por las crecientes de los grandes depósitos de agua que cubren una buena parte de la superficie que la rodea.

A este mal se han aplicado dos remedios diferentes, pues se ha tratado de impedir la invasión de las aguas, bien oponiéndoles un dique, ó bien proporcionándoles un derrame para disminuirlas en su lecho natural: lo primero se ha logrado en parte por medio del sistema de albarradas, y lo segundo tambien en parte por medio del desagüe del lago de Zumpango, al cual se ha abierto paso por el canal de Huehuetoca. Púsose en práctica ademas otro medio, que podemos llamar negativo, y fue.